AM/2099

EL SITIO DE LOGROÑO

F. J. GÓMEZ

DIPUTACIÓN LOGROÑO
ARCHIVO-BIBLIOTECA

EL SITIO DE LOGROÑO EN 1521

RESEÑA HISTÓRICA
RELATIVA AL HECHO DE ARMAS OCURRIDO EN DICHA ÉPOCA

PREMIADA EN JOS JUEGOS FLORALES DEL ATENEO LOGROÑÉS

LOGROÑO
Imprenta de Pio Azagra, calle de la Compañía, núm. 14
1890

INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

DIPUTACIÓN LOGROÑO
ARCHIVO - BIBLIOTECA

En el mes de Octubre de 1884, la Junta Directiva del Ateneo Logroñés convocó á unos Juegos Florales y Certámen Científico y Literario, dejando á la posteridad este grato recuerdo de sus desvelos en pró de la cultura y civilización.

Señalados temas y premios por Corporaciones y personas distinguidas, el Excmo. Ayuntamiento de la Capital designó el siguiente: **«Reseña histórica relativa al hecho de armas ocurrido en Logroño el dia 11 de Junio de 1521,»** siendo el premio la edición de lujo de la obra del Dr. Don Juan de Dios de la Rada y Delgado, titulada «Viaje á Oriente de la Fragata de

guerra Arapiles» que fué adjudicado al lema «IN HOC SIGNO VINCES» correspondiente á este escrito.

Disuelto, por desgracia, tan útil centro de instrucción, en el que fueron depositados los trabajos originales presentados al Certámen, con arreglo al programa; y no habiéndonos sido posible, apesar de las gestiones practicadas recientemente, encontrar el que á este se refiere para haberlo publicado tal cual era, lo reproducimos del borrador que felizmente aun conservábamos.

Si alguna pequeña diferencia pudiera existir, no afectaría en nada á la verdad histórica de los sucesos, que se halla enteramente conforme con el original.

INTRODUCCIÓN

¿Qué sentimiento es ese que hace al hombre amar con delirio el suelo que meció su cuna, y donde quiera que se encuentre le obliga á dirigir su pensamiento al punto en que nació, y su mirada al horizonte queriendo divisar las casas, las torres y los campos de su país?

¿Qué fuerza misteriosa es esa ante la cual se prosternan los pueblos del orbe, sin esceptuar los feroces salvajes que habitan regiones desconocidas, y eleva pagódas, erige mezquitas y levanta esos bellos monumentos del arte gótico cuyas filigranadas cúpulas, perdiéndose en el espacio, parece como que intentan unir la tierra con el cielo, lo finito con lo infinito, la criatura con la divinidad?

El uno se llama PATRIA, la otra es la RELIGIÓN; la

primera cuenta sus héroes por millares; la segunda sus mártires por millares también; y si la una no se separa jamás de la mente del proscripto, la otra no abandona nunca al infeliz que sufre y gime sin otro consuelo, sin otra esperanza, que el consuelo del bálsamo vivificador de la fé y la esperanza de una vida mejor que la mísera vida por que atraviesa sobre la tierra.

Numancia, Covadonga, Lepanto, Bailén, Zaragoza, Gerona y tantos otros grandes recuerdos históricos no hubieran sido, ni tampoco brilláran en la historia los nombres de Pelayo, el Cid, Gonzalo de Córdoba, Palafox, Alvarez y multitud de héroes, si los pendones de patria y religión no hubieran ondeado al frente de sus ejércitos y sobre la popa de las galeras que surcaban los mares llevando en sus mástiles el lábaro de redención.

Animados por tan sublimes principios los hijos de Logroño, detienen ante los débiles muros de un pueblo de corto vecindario y sin medios de defensa, al numeroso ejército francés que le pone sitio; y como si esto fuese poco aun, se apoderan de su artillería, le causan infinitas bajas y le persiguen hasta aniquilarle en los campos de Navarra.

¡Gloria á tí, pueblo de Logroño, que tal proeza supiste realizar! ¡Gloria á tí, sublime autor de todo

cuanto existe, que has dado al hombre esos sentimientos generosos ante los cuales no hay obstáculos, no se conocen los peligros ni es bastante la muerte á detenerle en sus empresas!...

Díganlo esa multitud de hijos de la fé que parten gozosos á lejanas tierras á recibir el martirio. Díganlo esas legiones de valerosos soldados que en los campos de batalla como en las inmensidades del mar, prefieren morir abrazados á sus pendones ó sepultarse en los abismos del Occéano, antes que hacer traición á su patria. Dígalo, en fin, Logroño, rival de los pueblos más heróicos desde el mes de Junio de 1521, en que á tanta altura supo elevar su nombre bajo la enseña de PATRIA Y RELIGIÓN.

Preliminares

Antes de referir el hecho glorioso que forma época memorable en la historia de Logroño, se hace preciso averiguar las causas que lo motivaron, sin las cuales, ni aquel hubiera tenido lugar, ni Logroño ostentára en sus armas las tres flores de Lis que orlan su escudo en señal de la victoria alcanzada sobre el ejército francés, en cuyas banderas se hallaban grabados los signos que rodean al puente y los tres castillos que constituyen el de dicha ciudad.

No queda al escritor concienzudo otro recurso, en casos de esta naturaleza, que apelar á las crónicas, á los anales y á los autores que por su antigüedad pudieron presenciar los hechos ó inspirarse en los que los dejaron consignados, si quiere proceder con la debida imparcialidad; y así, imponiéndonos de antemano este deber, abrimos el libro de la historia, en cuyas páginas, con mayor ó menor estensión y en estilo mas ó menos florido, se sientan como indudables tres hechos: las rivalidades de Francisco 1.° de

Francia con el Emperador Carlos 1.° de España y V de Alemania; la insurrección de las Comunidades de Castilla, y la invasión de Navarra por un ejército francés, que estrellándose ante los muros de Logroño, encontró su dispersión y derrota en los campos inmediatos á Pamplona por los que dias antes atravesára orgulloso, soñando en triunfos que bien pronto habían de convertirse en luto para sus banderas y en lágrimas de dolor para los que las defendían. Vayamos por partes.

Rivalidad de los dos Monarcas

Era el 12 de Enero de 1519 y el Emperador de Alemania Maximiliano 1.° exhalaba su postrer suspiro; motivando este suceso el que, al recibir la triste nueva el rey de España Carlos 1.°, mandase sus embajadores á Alemania para exponer sus derechos á suceder en el trono al difunto Emperador. Lo mismo hizo al propio tiempo el rey de Francia Francisco 1.° despachando á su almirante Bonnivet, cuyas gestiones en favor de su rey no dieron resultado alguno, puesto que en 28 de Junio del mismo año 1519 fué elegido en Francfort por Emperador de Alemania el monarca español, viniendo el Conde Palatino á suplicarle partiese para aquel país á recibir la corona imperial, como así lo hizo al poco tiempo, saliendo del puerto de la Coruña el rey Carlos para ser coronado en Aquisgram con gran pompa y aparato el 22 de Octubre de 1520.

Desairado Francisco 1.° por la preferencia dada á su competidor, y ante la eventualidad de acontecimientos futuros, trató de aliarse con el rey de Ingla-

terra, dirigiendo después á Carlos 1.° varias reclamaciones y exigiéndole además la devolución de la corona de Navarra á Enrique de Labrit, Príncipe de Beharne, para lo cual invocaba los pactos solemnes de Noyón. El monarca de Castilla, haciendo á su vez otras reclamaciones, negóse resueltamente; y estas diferencias, que pudieron haberse zanjado en un principio, adquirieron mayor importancia y llegaron á transformarse en enemistad cuando Francisco 1.° se declaró abiertamente protector decidido de Roberto de la Marca, Duque de Bullón, que se había rebelado contra Carlos 1.° de España.

Insurrección de las Comunidades de Castilla

Gemía España, si hemos de dar crédito á los historiadores, antes que estos sucesos se verificasen, no pudiendo lograr que sus quejas y lamentos fuesen escuchados; y «por desgracia, dice el señor Lafuente (1), eran sobradamente ciertos los desafueros y »agravios de que los castellanos se quejaban: asaltado habían visto su reino, esquilmado y empobrecido »por una turba de extranjeros sedientos de oro y codiciosos de mando, que les arrebataron voraces sus »riquezas y sus empleos: el rey, de quien esperaban »la reparación de tantos agravios, desoyó sus quejas, »menospreció sus costumbres, holló sus fueros y »atropelló sus libertades: al poco tiempo los abandonó para ir á ceñir sus sienes con una corona imperial »en apartadas regiones, dejando á Castilla, á cambio »de los agasajos que había recibido, un exhorbitante »impuesto extraordinario, un gobernador extranjero

(1) «Historia de España.» Tomo XI, pág. 204.

»y debil y unos procuradores corrompidos. Si alguna »vez hay razón y justicia para estos sacudimientos »populares, tal vez ninguna revolución podía justi- »ficarse tanto como las de las ciudades castellanas, »puesto que ellas habían apurado en demanda de la »reparación de las ofensas todos los medios legales »que la razón y el derecho natural y divino conceden »á los oprimidos contra los opresores y todos habían »sido desatendidos y menospreciados.»

El descontento era grande, como grande era el mal que se sentía, y forzosamente había de dar sus resultados: faltaba solo la chispa que inflamase el volcan pronto á estallar, y el grito de venganza y castigo de los Procuradores que se habían prestado al soborno sobrecargando al pueblo con crecidos tributos, resonó por ciudades, villas y aldeas, engrosando las filas de los sublevados, dice el mismo señor Lafuente, eclesiásticos de todas categorías, religiosos de virtud y de ciencia, jurisconsultos doctos y graves, hombres acaudalados, honrados aunque humildes artesanos y algunos magnates y próceres, á todos los cuales se aplicó el nombre de *Comuneros* por haberse apellidado Comunidades á las ciudades y pueblos que dieran el grito de rebelión contra los ministros del rey Carlos de España.

La voz adolorida del pueblo castellano resonó por gran parte de la España, declarándose en contra de los Comuneros la nobleza del reino. Reuniéronse aquellos con formidable ejército en los campos de Castilla, é inmediatamente de todos los puntos limítrofes partieron cuantas fuerzas imperiales había disponibles

para combatir la insurrección. Navarra quedó casi desguarnecida, pues al aviso del peligro y en virtud de las órdenes dadas por el Condestable y el Almirante de Castilla, que eran los Gobernadores de España con título de Vireyes, el Duque de Nájera que mandaba en jefe las fuerzas de Pamplona, sacó cuantas había disponibles en aquella plaza conduciéndolas él mismo al teatro de la guerra, dejando muy pocos soldados en tan importante fortaleza á las órdenes del capitán Ignacio de Loyola, que solicitó quedarse en la población para defenderla.

Mas de mil veteranos que el referido Duque de Nájera enviaba por delante á los campos de Castilla, fueron acometidos en los confines de la Rioja con las provincias de Burgos y Alava por el animoso Conde de Salvatierra que seguía las banderas de la Comunidad, haciendo prisioneros á la mayor parte; aunque no pudo conseguir, como fuera su empeño, apoderarse de siete piezas de artillería de grueso calibre procedentes también de la capital de Navarra.

El 23 de Abril de 1521 se decidía en los campos de Villalar, en sangriento combate, la suerte futura de la España. De un lado los Comuneros mandados por los infortunados Juan de Padilla, Bravo, el Obispo Acuña y otros esforzados caudillos en cuyas banderas solo se apellidaba *libertad, fueros y costumbres de Castilla* y que la Nación se gobernase por españoles y nó por extranjeros. Del otro el ejército imperial con casi todos los Próceres, Procuradores, Condestables, Duques y demás nobles de España sosteniendo el pendón de Carlos V, animados en aquella sangrienta

pelea por el dominico Fr. Juan Hurtado que montado en una pequeña cabalgadura no cesó un momento de alentarles á la matanza, contribuyendo poderosamente con sus esfuerzos al triunfo de aquel dia.

Victorioso el rey Carlos, hizo rodar las cabezas de los jefes principales del imponente levantamiento que amenazaba cambiar por completo la situación de España.

Invasión de Navarra

por el ejército francés

Atento el rey de Francia Francisco 1.° á los sucesos de España, á la que veía envuelta en intestina lucha, aprovechó la oportunidad de hallarse desguarnecido el reino de Navarra, según queda consignado; pareciéndole la mejor ocasión de favorecer las aspiraciones de Enrique de Labrit, toda vez que, sin fuerzas que se le opusieran, juzgó facil hacerse dueño de tan estenso territorio y aun creyó cosa sencillísima pasar á Castilla y ocupar algunas plazas de la derecha del Ebro.

A este efecto ordenó que uno de sus generales, pariente muy cercano de Enrique de Labrit, llamado Andrés de Foix, Señor de Asparrot, con un ejército que unos historiadores reducen á 6300 hombres, y otros, que juzgamos mas exactos, elevan al número de 30000 combatientes con 29 ó 30 piezas de artille-

ría, pasase el Pirineo y en nombre del rey de Francia conquistase la Navarra.

Era el general francés de animoso espíritu aunque de no gran experiencia por causa de su corta edad; y avanzando al frente de sus soldados, llegó en pocas jornadas ante la importante plaza de Pamplona á la que puso sitio, logrando que con solo el disparo de algunos cañonazos que hirieron al capitán Loyola, abriese sus puertas dicha ciudad á las armas de Francisco 1.° á mediados de Mayo de 1521.

Orgulloso con tan facilísima conquista y sin detenerse en Pamplona mas que lo puramente indispensable á racionar sus tropas, prosiguió Andrés de Foix su marcha, aumentando á la vez sus gentes con los partidarios de Labrit.

Pronto circuló por toda Navarra la nueva de la invasión extranjera y la pérdida de la capital de dicho reino, por cuyos caminos y senderos veíanse cruzar emisarios en todas direcciones, anunciando á los pueblos la que traía el ejército invasor.

Esta noticia, mas que suficiente por sí sola para llevar el pánico á las gentes de apocado espíritu, aumentaba el terror con la idea que en aquellos sencillos tiempos asustaba á los tímidos creyentes, de que los enemigos eran todos luteranos; siendo causa de que, huyendo unos de caer en manos de los que juzgaban hombres feroces y extraordinarios por sola aquella circunstancia, y otros por considerarse impotentes para luchar con tantos enemigos, se apresurasen á abandonar sus casas no pocos moradores del país; sus conventos los religiosos, y los castillos y

pueblos los soldados que en pequeños destacamentos se hallaban diseminados por uno ú otro sitio, dirigiéndose todos á Logroño en busca de asilo seguro como población la más importante y fronteriza al país invadido.

De esta manera llegó á dicha ciudad la infausta nueva de la pérdida de Pamplona y los rumores de que el ejército invasor se dirigía hácia las márgenes del Ebro; rumores que, confirmándose poco á poco, iban diariamente aumentando el sobresalto del vecindario con los pormenores y noticias que traían los fugitivos procedentes de puntos mas cercanos, no dejando la mas pequeña duda sobre las intenciones y propósitos del ejército francés, cuyo número y medios de destrucción se aumentaban á gusto de quienes, sin haberlos visto, juzgaban las cosas á través del terror que sentían ó de la ignorancia que les caracterizaba.

Preparativos

Muy natural era la intranquilidad y agitación de los logroñeses ante el peligro que amenazaba, hallándose sin elementos para organizar una defensa tan rápidamente como las circunstancias exigían en el ya probable caso de que el enemigo se aproximára á la ciudad; y como el temor aumentase el dia 21 de Mayo por las nuevas que trajeron los últimos refugiados, el Concejo y Justicia de Logroño en unión del Corregidor D. Pedro Velez de Guevara, que como tal era capitán principal de la frontera y por consiguiente de la plaza, pensaron en la necesidad apremiante de adoptar algunas medidas, acordando para ello celebrar una reunión general en el templo de Santiago, á fin de que, como sitio espacioso y asilo sagrado al que podía concurrir el pueblo entero, revistiese la mayor solemnidad.

Pronto las campanas de esta iglesia repitiendo sus golpes con desusada celeridad, anunciaban á los logroñeses la urgencia é interés de la convocatoria; y comprendiéndolo estos así, viéronse á los pocos momentos las calles inmediatas pobladas de veci-

nos que agolpándose á las puertas del sagrado asilo, pugnaban por penetrar unos antes que otros, cual si temiesen no poder presenciar las deliberaciones que iban á verificarse y cuya gravedad á nadie se ocultaba.

Llena la espaciosa nave por hombres y mugeres de todas edades y clases sociales, un anciano venerable, de cuya cintura pendía larga espada y en cuyo rostro, surcado por algunas arrugas, se revelaba la varonil entereza del hombre avezado á las fatigas de la guerra, poniéndose en sitio elevado, con voz fuerte y en medio de un religioso silencio, se dirigió al pueblo y le habló de esta manera:

«¡Logroñeses!.... convencido de la resolución que »á todos os anima, quisiera mas seguir el parecer »de cualquiera de vosotros que espresaros el mio, »por lo difícil que es aconsejar nada en casos tan »graves como el que motiva nuestra reunión.»

«Confírmase, desgraciadamente, por los avisos »que se reciben, que el ejército francés avanza ha»cia esta ciudad, orgulloso de lo facil que le ha si»do apoderarse de gran parte de Navarra; y si, como »es de temer, nos pone sitio, yo espero que con el »favor del cielo y vuestro valor, le obligaremos á »huir á su país y le demostraremos que nada im»plica la muerte cuando hay que afrontarla por el »servicio de Dios ó por la defensa del pueblo.»

«Deber sagrado de todo buen católico es derra»mar hasta la última gota de su sangre cuando, co»mo ahora sucede, corre gran riesgo su religión, »pues que en el ejército enemigo viene gran nú-

»mero de luteranos procedentes de Alemania, que »nada respetarían si llegasen á penetrar en la cin- »dad. Imitemos el ejemplo de la Majestad Cesárea, »y luchemos con denuedo para defender nuestros »hogares y nuestras esposas é hijos; que á los que »por la patria mueren, el cielo les reserva un lugar »preferente y la historia les dedica un recuerdo en »sus páginas.»

«Nada importa que nuestras murallas sean dé- »biles, porque nuestros pechos son fuertes: nada »tampoco que el enemigo sea tan numeroso como »se dice, porque mayor será nuestra gloria si con- »seguimos derrotarle, pues la victoria no se logra »sino con el valor. Orden y disciplina ante todo; »y con la ayuda que debemos prometernos del gran »Apóstol Santiago, que al visitar esta ciudad sem- »brando en ella los principios de la verdadera re- »ligión demostró su cariño por este querido pue- »blo, nos defenderemos hasta el último estremo »si como yo sentís en vuestros pechos el entusias- »mo por la independencia y libertad.»

« Acordaos, logroñeses, que sois descendien- »tes de aquellos valerosos Cántabros, terror de las »legiones de la poderosa Roma, que tan briosamen- »te lucharon en ese elevado cerro que tenemos »ante la vista.»

«¡Al arma, pues, logroñeses!.... ¡Al arma, bravos »compañeros!.... Yo seré vuestro guía en la mu- »ralla, en las calles ó en donde quiera que el ene- »migo intente avanzar un paso, porque prefiero »mil veces morir á deshonrar esta espada que lle-

»vo conmigo hace tantos años. ¡Al arma, á morir »ó á vencer!....»

Un grito unánime, formidable y cual si fuese la voz de un gigante que se sintiese repentinamente herido, resonó varias veces en aquel anchuroso espacio. *¡Al arma!....* *¡Al arma!....* exclamaron todos: *¡Al arma!....* *¡Al arma!....* repetían los viejos y los jóvenes, los padres y los hijos, los clérigos y los seglares, los magnates vestidos de lujosa seda y los campesinos de tosca chaqueta, abrazándose, jurando pelear hasta exhalar el último suspiro, y sellando aquel juramento con lágrimas de emoción y protestas de inquebrantable firmeza.

Todo parecía terminado, y ya algunos impacientes salían presurosos del templo en busca de armas cual si estuviera á la vista el enemigo, cuando haciéndose lugar á viva fuerza penetró un grupo de mugeres de las que habían permanecido en la calle esperando la resolución de los congregados: «No venimos, señores (dijo una de ellas que parecía tener superioridad sobre las demás, y dirigiéndose al auditorio); «no venimos á quitaros la »gloria de combatir contra el enemigo si se aproxi»ma á esta ciudad, porque sabemos el valor de »vuestros corazones: queremos solamente espresar »nuestra resolución de pelear á vuestro lado y mo»rir con vosotros antes que caer en poder del ejér»cito francés. Todas os ayudaremos, todas seremos »soldados, todas, en fin, queremos salir á la mura»lla. ¡Animo, logroñeses!....»

Nuevos y atronadores gritos de entusiasmo se es-

cucharon en el sagrado recinto donde la apiñada muchedumbre, revolviéndose en todas direcciones, se oprimía y magullaba por llegar hasta aquellas varoniles mugeres cuya decisión inflamó más el bélico entusiasmo de los improvisados combatientes, que muy pronto iban á derramar su sangre en defensa de su pueblo y de su Rey y Emperador.

Pero aun faltaba algo á este sublime espectáculo: aun quedaban unos cuantos muchachos, indispensable séquito de cualquier acontecimiento popular, por insignificante que sea, que quisieron demostrar cuán inherente es á la vida el amor á la patria; y penetrando también en la iglesia y llegando resueltos al sitio en que se hallaba el Concejo y personas de distinción, con infantil travesura ofrecieron su concurso para defender la ciudad, produciendo su inocente oferta la natural sonrisa en aquellos respetables varones que por un momento hubieron de dar tregua á la ansiedad y sobresalto de que estaban poseidos por el peligro que tan cercano se presentía.

Terminado el consejo y decidida la defensa á todo trance, el pueblo abandonó el templo de Santiago dirigiéndose en grandes grupos por las diversas calles; los jóvenes cantando y victoreando al Emperador; las mugeres gritando *¡Viva la religión, mueran los Comuneros!....* y los hombres de juicio, los varones de espíritu sereno, animando á todos y disponiendo desde aquel momento cuanto creían de mas apremiante necesidad.

Interin esto acontecía, el Ayuntamiento, perma-

neciendo en la iglesia, acordó diversas medidas que consideró urgentes, siendo una de ellas el nombramiento de una Junta especial compuesta de seis personas pertenecientes en su mayor parte á la milicia, de reconocido saber y prudencia, presididas por el Jefe de la plaza, con la especial misión de adoptar cuantas resoluciones estimase convenientes. Acordó así mismo que inmediatamente se reparasen algunos trozos de la muralla que ofrecían poca resistencia, y que desde luego, en el muy probable caso de que el enemigo se presentase, como era de temer, se procediera á destruir los edificios que por estar fuera del recinto podían servirle de refugio y perjudicar á la defensa.

Con esto terminó aquella sesión memorable, interrumpida solamente en las horas que el sol dió luz al opuesto hemisferio; y llegado el nuevo dia y como otros mensajeros trajesen noticia del avance del enemigo en dirección á Logroño, la Comisión referida por un lado y el Ayuntamiento por otro, constituidos en sesión permanente desde el amanecer, dispusieron patrullas de vecinos honrados; mandaron presentar en brevísimo plazo cuantos arcabuces, picas y espadas hubiese en el pueblo para repartirlos entre los defensores; ordenaron la construcción de parapetos en diversas calles interceptándolas en sus entradas con carros, cubetas, maderos, piedras y otros mil objetos para el caso de un asalto; establecieron un servicio constante de centinelas en las cumbres de los cerros de Cantábria y el Corbo y también en las torres

de las iglesias; enviaron diversos mensajeros á Burgos, Valladolid y otros puntos de Castilla llevando noticia de la proximidad del peligro; y, en una palabra, adoptaron tanto en aquel dia como en el siguiente cuantas disposiciones sugiere el patriotismo y la prudencia aconseja en tales circunstancias.

Un último emisario procedente de la vecina ciudad de Viana fué portador en la tarde del dia 24 de Mayo de la nueva de que desde aquel punto y á su salida del pueblo, se distinguían las avanzadas del ejército invasor. Ya no había duda; pronto estarían delante de los muros de Logroño y era urgentísimo aprestarlo todo para la resistencia que se tenía decidida.

La ansiedad crecía; los clarines militares tocaban llamada; las guardias se reforzaban, y los castillos ó fuertes situados sobre el puente del Ebro y también las murallas inmediatas á este punto así como las ventanas y tapias del convento de San Francisco, se coronaban de logroñeses y soldados ávidos de divisar al enemigo. Todo era animación, todo movimiento: en unos sitios, grandes grupos de operarios se ocupaban en derribar con el hacha los corpulentos árboles que estorbaban para la defensa: en otros, brigadas de trabajadores con las piquetas, azadas y demás útiles, demolían varias casas próximas á los muros: en otros, veíase á las mugeres y muchachos hacinar combustible y llevarlo al hospital, situado á la parte exterior, con objeto de incendiarle para que el enemigo no se amparase en él; y al breve rato

las llamas, el humo y el polvo indicaban que en pocos momentos desaparecían cuantos obstáculos podían perjudicar á los defensores.

Por fin amanece el dia 25; y cuando los vigías, con las debidas precauciones, se dirigieron á los puntos de observación, vióseles retroceder á toda prisa al tiempo mismo que por las alturas inmediatas aparecían los soldados franceses. Pronto se presentó á la entrada del puente un oficial acompañado de varios soldados, trayendo un pliego que los centinelas reciben y pasa de mano en mano, ínterin los recién llegados quedan á la parte exterior esperando la respuesta.

Inmediatamente es conducido el documento á la casa consistorial, donde ya estaban reunidos los representantes del pueblo, la comisión de defensa y los principales vecinos. Abierto aquél en medio de la ansiedad que todos experimentaban, y leido en alta voz por el presidente de la reunión, decía de esta manera:

«*Al Capitan Gobernador de la plaza.*»

«Señor: Enviado por mi Rey y Señor Soberano »Francisco 1.° para cumplimentar sus órdenes en »Castilla, os ruego no pongais impedimento á que »mis soldados penetren en ese pueblo para prose»guir el camino, en la seguridad de que no se cau»sará el menor daño ni perjuicio á esos habitan»tes.»

El General del ejército de S. M. F.

Andrés de Foix, *Señor de Asparrot.*»

La contestación se redactó en el mismo momento sin deliberación de ningún género y con la conformidad de todos, en los siguientes términos:

«*Señor General.*»

«La ciudad de Logroño y todos sus habitantes »pertenecen al Emperador y Rey su Señor D. Car»los, y no se entregará ni dará paso á ese ejér»cito enemigo mientras tenga en su poder las lla»ves de sus puertas, que son tan pesadas, que por »numerosos que sean los soldados que traeis, no »podrán llevárselas.»

El Capitán Jefe de la plaza,

PEDRO VELEZ DE GUEVARA.»

Salió el portador con la respuesta: á los pocos instantes el emisario partió á escape viéndosele trepar con sus soldados por la falda occidental del cerro de Cantábria, de donde enseguida los franceses empezaron á descender en grandes masas aproximándose al puente con intento de penetrar por él; cruzáronse varios disparos de una y otra parte; mas viendo que les era imposible el paso por este sitio, perfectamente defendido, cesaron en su ataque conservando sus posiciones á corta distancia. Trascurridas algunas horas y por uno de los vados del Ebro, cerca de Varea, el ejército francés cruzó el rio y apareció por el Oriente de la ciudad situándose en las inmediaciones del convento de la Madre de Dios.

Interin esto acontecía, las autoridades publicaron por pregón una órden disponiendo la inme-

diata salida en brevísimo plazo de las mugeres y niños inútiles para la defensa; y á muy luego, en grandes grupos, partian llorosas en dirección opuesta á la que traía el enemigo, multitud de madres, esposas é hijos de los habitantes de Logroño llevando consigo las prendas y efectos mas necesarios. Las unas agitaban sus pañuelos en señal de despedida á los que coronando la muralla correspondían de igual manera: las otras daban un lastimero *adios* á sus esposos ó padres, como si hubiera de ser el último; y todas, sin escepción alguna, les animaban al combate y resistencia como el único medio de conservar sus casas, sus haciendas y su honor.

Nadie dudaba ya al ver el movimiento de los sitiadores que de un momento á otro comenzaría la lucha; pero llegó la noche sin novedad, oyéndose durante ella desde la poblacion gran ruido en el campo del enemigo que aprovechó la oscuridad para emplazar su artillería y circunvalar el pueblo, creyendo que estos aprestos serían suficientes para que al amanecer del siguiente dia se le abrirían las puertas, sin necesidad de apelar al fuego de sus cañones.

El Sitio

Era el 26 de Mayo; el mes de las flores, de la naturaleza risueña, de aquellos dias en que todo parece animarse á impulso del soplo divino del Criador, produciendo ese placer dulce y tranquilo como emanado del cielo, cuyos efectos percibe lo mismo el decrépito y achacoso que se figura recobrar la lozanía de sus primeros años, que el tierno é inocente niño que sueña con una existencia sembrada de felicidad, llena de esperanzas, de ilusiones, que ha de sentir marchitarse bien pronto y caer una por una á impulso de los desengaños, de las vicisitudes, de los disgustos y el dolor casi siempre anejos á la vida del hombre.

Los alegres pajarillos con sus continuados gorgeos; la tímida codorniz con su matutino cántico, oculta entre las elevadas plantas de la mies; la candorosa golondrina y el rápido vencejo, cruzando el espacio en todas direcciones, no hacían mas que reproducir ese hermoso cuadro que á través de los siglos y en igual época se presenta al ob-

servador así que el alba asoma por Oriente precediendo al magestuoso astro que es vida de la vida y núcleo de toda luz natural.

Reinaba un silencio completo en las inmediaciones de Logroño: no se distinguía una sola persona por los huertos y campos: faltaba el diligente labrador que, contra costumbre, al disiparse las tinieblas de la noche, no había salido á recoger los productos de sus fincas para conducirlos al mercado; no se veía al joven zagalillo venir al pueblo con las reses destinadas al consumo diario precedidas de una de sus compañeras sirviendo de guía con el esquilón pendiente del cuello, ni se percibía, en fin, mas que una soledad que indicaba algo grave, algo estraordinario, alguna cosa terrible y siniestra que alteraba la vida ordinaria de la población.

Oíase, en cambio, dentro de la ciudad ruido inusitado; sonaban clarines y atabales; cruzaban de un punto á otro pelotones de vecinos llevando pesados arcabuces, largas picas y sendas espadas, así como también soldados de airoso continente que guiados por sus jefes marchaban con religioso silencio á ocupar los puestos que habían de defender hasta perder la existencia.

A lo lejos, por los terrenos cercanos al convento de la Madre de Dios, veíanse numerosas tropas que iban prolongando su dilatada linea paralela á la ciudad, cual si quisieran aprisionarla en un círculo de hierro. El sitio estaba puesto en toda regla; no faltaba mas que dar comienzo á la pelea, y es-

ta según queda indicado, debió creerla el sitiador casi innecesaria así que el bélico aparato demostrase á los cercados lo crítico de su situación.

Los primeros rayos del sol asomaban por el nacarado horizonte de uno de los más pintorescos paisajes que la Naturaleza ofrece, cuando un oficial del ejército sitiador, trayendo un pendón blanco en señal de parlamento y seguido de una pequeña escolta, se detenía ante la cerrada puerta de San Francisco entregando un pliego para el jefe de la plaza que como dicho queda, lo era el Corregidor D. Pedro Velez de Guevara. (1)

No tuvieron que aguardar mucho estos embajadores, puesto que á los treinta minutos otro pliego que se ponía en manos del comisionado francés, llevaba la contestación á la misiva del general Asparrot que intimára la rendición de la ciudad ó romper el fuego contra ella. «*Logroño no abrirá sus puertas á sus enemigos*, decía el esforzado Velez de Guevara, *ínterin uno solo de sus habitantes tenga vida para combatir: nos defenderemos hasta la muerte.*»

Densa nube de humo y el estampido de mas de veinte cañones que el enemigo había situado en la heredad que á muy pocos pasos de la actual carretera de Calahorra aun conserva el nombre de *pieza de la artillería*, anunció á los logroñeses al poco tiempo de partir el oficial francés con la valerosa contestación, que Andrés de Foix,

(1) Así lo consigna el P. Alesón en sus Anales de Navarra.

Señor de Asparrot y general de las tropas sitiadoras, estaba resuelto á destruir el pueblo ante el que se hallaba, bien á su pesar, perdiendo un tiempo precioso para sus planes de conquista.

Inmediatamente una prolongada descarga de arcabuces cuyos disparos partieron del frente de la muralla, hizo ver al caudillo francés que había de costarle mucha sangre su temeraria empresa; mas sin embargo, con arrogante sonrisa dirigió una mirada á su ejército, vió su magnífico tren de artillería perfectamente emplazado y confió en que algunas horas mas y unos cuantos cañonazos bastarían para que se izase en la muralla el pendón de parlamento, precursor de la rendición, ó que en caso contrario sus soldados, trepando por la brecha, le ahorrarían el trabajo de batir los muros que osaban detenerle.

Sin interrupción, puede decirse, prosiguió el fuego durante aquel dia por todo el recinto de la ciudad hasta que la noche puso término á la contienda que había de renovarse con el nuevo sol. El *alerta* de los centinelas reemplazó al estruendo de las armas; y los que por el dia pelearon como bravos, por la noche trabajarón con incansable afán en reparar lo que las balas enemigas habían destruido. Cortáronse las entradas de las calles que daban á la linea esterior, abriendo profundas zanjas; tapiáronse interiormente con gruesas piedras las puertas de San Francisco; la llamada Nueva, que era la hoy dicha del Camino en la entrada de la carretera que conduce á Burgos, y

casi todas las demás; y en la casa consistorial el Ayuntamiento con los individuos de la Junta, varios religiosos de los conventos situados dentro del pueblo, doctos sacerdotes y muchos vecinos de los mas distinguidos por su posición y saber, no cesaron de acordar medidas para que la defensa continuase con el mayor ardor.

La campana llamada entonces como hoy de la Virgen de la Esperanza en la iglesia de Santiago, y las de la Redonda, Palacio y demás templos, daban sus sonidos al aire durante el dia y en especial por la noche, convocando á los fieles á la oración y á rogar á Dios que amparase á la ciudad y sus defensores. No faltaban en las calles altares improvisados, imágenes colocadas en pequeños nichos en las fachadas de las casas, ante las cuales pendían uno ó dos raquíticos faroles con mezquina candileja, y delante de aquellos y estas fervorosos creyentes, que arrodillados con piadosa humildad, hacían coro y acompañaban el rezo de algunos monjes Mercenarios, Dominicos y Franciscanos que invocaban el favor del cielo y del apostol Santiago, procurando de este modo alentar al vecindario é infundirle confianza ciega en el triunfo.

Esto acontecía el dia segundo del sitio y primero de combate: el 27 desde por la mañana y con pequeños intervalos, se peleó con el mismo denuedo por una y otra parte, observándose que en el campo enemigo había menos soldados que los que se presentaron en los primeros momentos; y aunque en un principio se ignoraba la causa de tal

disminución de fuerzas, motivando los mil diversos comentarios que en casos tales suelen hacerse, pronto se supo por unos prisioneros que á poco de quedar emplazada la artillería, el inesperto general Asparrot, ciego por la confianza en el buen éxito de su empresa y cediendo á los consejos de su lugar-teniente monsieur de Santa Colomba, «estimulado este por la codicia, dice el P. Alesón, de embolsarse los sueldos que se debían á los soldados,» no vaciló en conceder permiso á una parte de su ejército para regresar á Francia. Torpeza inconcebible que no puede justificar ninguna razon, hallándose comprometido en el sitio de una plaza, en país enemigo y ante la eventualidad de la lucha que se ventilaba en los campos de Castilla.

Gran alegría produjo tal determinación entre los bravos logroñeses que continuaron peleando con denuedo los dias 28, 29 y 30, causando no pocas bajas en los enemigos y sufriendo también sensibles pérdidas, que lejos de infundirles desaliento, enardecían su coraje para vengar la muerte de sus deudos, amigos ó compañeros.

Aumentóse aquella en la noche de fin de Mayo ó primero de Junio con la llegada de un emisario venido de Castilla, el cual, burlando la vigilancia de las fuerzas sitiadoras y arrastrándose cautelosamente por las acequias y por entre los arbustos para no ser visto de los centinelas franceses, consiguió aproximarse al pié de la muralla, hablar con uno de los defensores, al que reveló su proce-

dencia y la misión que traía, y penetrar en la ciudad entregando al Corregidor un pliego del Virey de Castilla en que anunciaba que muy pronto serían socorridos los sitiados, para lo cual estaba reuniendo poderoso ejército.

Al siguiente dia, los sitiadores que se habían apercibido de cierto movimiento de júbilo por lo que queda referido, y cumpliendo las órdenes de su general á quien causaba ya enojo tan porfiada resistencia, intentaron el asalto acometiendo en gran número por un punto cercano á la puerta de la Arbentia en el que habían logrado abrir brecha. Peleóse cuerpo á cuerpo; mezcláronse unos con otros los combatientes; y tal era la resistencia y tan grande el empeño de los que acometían por apoderarse de la plaza, que los defensores estuvieron en gravísimo aprieto y tal vez hubieran cedido á no llegar en aquellos momentos un capitán que, viendo el peligro, mezclóse entre los defensores, y con ánimo resuelto y blandiendo la espada, les arengó así: «*¡Camaradas!.... ¡La victoria es nuestra en la puerta del Camino!.... ¡Sereis mas cobardes que vuestros compañeros?.... ¡Santiago con nosotros!....*»

Un empuje decisivo hizo recobrar instantáneamente el terreno que se había perdido, quedando el suelo sembrado de cadáveres, y retroceder malparados á sus reales los que ya pisaban, por aquella parte, el interior del recinto. Estos mismos sucesos, con pequeñas variaciones, acontecían en otros puntos de la ciudad, porque el enemigo hizo en dicho dia un supremo esfuerzo por penetrar en

ella; y á la vez que en la puerta de la Arbentia (hoy calle del Mercado) se rechazaba bravamente el asalto, se peleaba con no menor denuedo y se rechazaba también otro numeroso cuerpo de franceses que lo intentaron por la de San Francisco á presencia de su general, que desde los primeros momentos del sitio ocupó las casas inmediatas al convento de la Madre de Dios, y ahora se hallaba con su Estado Mayor en el ya referido de San Francisco.

En vano trepan los franceses por las escalas que aproximan al muro: en vano cubren los claros que las balas de los defensores abren en sus filas: en vano también cargan una, y otra, y otra vez mas por el lado derruido que allí presenta la muralla, pisando los cadáveres y heridos de sus compañeros, porque cien y cien picas les detienen; y con piedras, con palos, con espadas y con cuanto encuentran á la mano, se defienden mezclados los soldados de Castilla con los hijos de Logroño, rivalizando todos en valor y decisión.

Asparrot, que presencia desde una ventana el combate encarnizado que allí se libra, dá órdenes á los suyos para que no cejen un solo paso, al mismo tiempo que sus clarines trasmiten la señal necesaria á la artillería para que avive el fuego, á los arcabuceros para que redoblen sus descargas, y á sus Ayudantes para que pongan en movimiento todas las fuerzas á la vez por uno y otro punto, á fin de que no se malogre el gran esfuerzo que se hace en aquellos instantes.

Los sitiados, por su parte, obran del mismo modo; y sin abandonar ningún punto de la línea exterior, corren de un lado para otro guiados por las campanas de las torres desde las cuales los vigías observan dónde hay apuro, donde se necesita socorro. Y cuando mas reñida está la lucha, cuando unos y otros combatientes agotan sus fuerzas, estimulados por la victoria que ambos disputan para sí, llega al sitio del asalto un grueso pelotón de defensores que á paso veloz, suben desde el puente del Ebro, y cuyo jefe les dice: *¡Logroñeses y soldados!..... ¡Ya veis al enemigo á punto de penetrar por la muralla: corramos á defender al Rey, á nuestras mujeres é hijos y á morir portan caros objetos. ¡A ellos..... valientes camaradas!....* Y lanzándose sobre los asaltantes, harto fatigados por la lucha que sostenían, les obligan á ceder y retirarse dejando gran número de cadáveres y efectos de guerra, á costa de nó pocos muertos y heridos que inmediatamente fueron llevados á las casas para curarles y asistirles con solícita caridad.

Tan satisfechos quedaron los defensores por estas ventajas que aumentaban su denuedo y decisión, como abatido se vió el espíritu del soldado francés al conocer, ya algo tarde, su error, y ver defraudadas las esperanzas que abrigára de reforzar su ejército con los restos diseminados de los vencidos Comuneros así que penetrára en Logroño. ¡Equivocación lamentable para la empresa de Francisco 1.° y los planes de Asparrot....!

Los vencidos en Villalar, que ante todo eran españoles, y «cuyos jefes, dice el señor Lafuente (1) »habían perecido en un patíbulo donde todavía hu»meaba su sangre, á la noticia de una invasión es»traña en territorio español, olvidan si han sido Co»muneros, y acordándose solo de que son españoles, »acuden en defensa de su patria y juntos marchan »á Navarra próceres y populares. El desleal don Pe»dro Giron, Sanchez Zimbron, el mensajero de la »Santa Junta á Flandes y compañero de Fr. Pedro »Villegas, los procuradores fugitivos de la junta de »Valladolid, y hasta los dispersos del dia aciago de »Villalar, todos acuden á las fronteras de Navarra »en unión con los Gobernadores que tanto los ha»bían humillado y maltratado, y olvidando recientes »agravios los ayudan á lanzar del territorio español »á los estranjeros. Así obraron los Comuneros de »Castilla, cuya causa han venido pintando con tan »feos colores nuestros historiadores por espacio de »tres siglos.»

—

Dos dias hacía que en sesión secreta del Ayuntamiento con la junta de defensa, presidida por el Gobernador de la plaza, se estaba discurriendo el medio y la hora mejor para verificar una salida que diese buenos resultados á los defensores castigando á la vez al sitiador, que, estraño en el país, todo cuanto le rodeaba era para él desconocido y nada facil

(1) Historia de España, tomo XI pag. 225.

que encontrase espías que le pusieran al corriente de los proyectos de los logroñeses.

Supliendo la astucia al número y á los recursos del ejército de Asparrot, se adoptó el plan de tenerle por las noches en constante sobresalto, según acostumbraban los árabes en tiempo de sus guerras con los españoles, á fin de que el sueño y la fatiga le hiciesen caer en el descuido; y por primera vez en la noche siguiente al combate y asalto mecionados, y cuando acababa de tocarse á silencio en el campo sitiador, los clarines y atabales de los sitiados recorrieron el recinto con gran ruido obligando á ponerse en pié y estar en continua vigilancia á los franceses, que, noticiosos ya del desastre de Villalar y de que las fuerzas del ejército castellano se preparaban para venir en socorro de Logroño, redobló sus precauciones en previsión de que de un momento á otro pudiera llegar el enemigo.

Repitióse la misma operación á distinta hora en la noche siguiente; y los centinelas franceses, dando la voz de alarma por creer ahora segura alguna novedad de importancia, hicieron que nuevamente empuñasen los soldados las suyas; pero llegó la aurora, empezó el fuego contra la ciudad, aunque mas debil después del fracasado asalto, y al ocultarse el sol en la tarde del dia 4 de Junio solo se oían algunos disparos de arcabuz por la parte del Mediodia y Poniente, habiendo cesado por completo el de las piezas de artillería sin duda por la falta de municiones y en especial de balas, apesar de tener la fragua y fundición de ellas en la heredad ya mencio-

nada, donde apesar de los muchos años trascurridos aun se descubren las escorias del hierro que los operarios del parque arrojáran al fundir.

Las once de la noche acababan de sonar en el único reloj público que Logroño tenía entonces en una de las torres de sus iglesias, cuando con todo sigilo, sin sentirse las pisadas unos á otros, en correcta formación y precedidos de sus jefes, salían por las dos puertas que habían quedado sin tabicar, la de la Arbentia y otra intermedia entre esta y la que en nuestros dias se tituló del Carmen, dos buenas columnas de soldados mezclados con vecinos de todas clases y condiciones. Arrimados al pié de la muralla caminaron breve rato guiados solo por el perfecto conocimiento del terreno, en razón á ser la noche oscura y tempestuosa: cruzaron las huertas y piezas situadas junto á la que hoy es tapia del convento de monjas Carmelitas sin que los primeros centinelas se apercibiesen, gracias al fuerte viento que favorecía los planes de los sitiados, cual si el cielo tomase parte en esta lucha colocándose al lado de los defensores de Logroño; y al llegar estos al campo sitiador, donde el silencio mas profundo indicaba que todos en él estaban descansando, el disparo hecho por un centinela de la segunda linea, al que siguió otro, y otro, y las voces de *¡l' ennemi, l' ennemi!.... ¡aux armes, francaises!!...* dichas con el esfuerzo, precipitación y sobresalto que causa la sorpresa, llevaron el terror al confiado ejército que al despertar tan súbitamente y al querer tomar las armas, tropezaba por todas par-

tes con las picas y espadas de los bravos logroñeses cuyos capitanes dieran tan perfectamente las órdenes, que en medio del tumulto y confusión que se produjo, no hubo un soldado que perdiese de vista á sus compañeros ni dejase de herir á su enemigo. Los ayes de los moribundos, los gritos de terror, las imprecaciones de los heridos, juntábanse en confuso ruido con las escitaciones de los capitanes castellanos animando á la matanza, con el chocar de las espadas, con el quebrar de las picas y los disparos de arcabuz; contribuyendo á aumentar el pánico del confiado francés en tan terrible noche el griterio y ruido en la muralla, acordado de antemano para aquellos momentos, juntamente con el sonar de los clarines y atabales trasmitiendo el de degüello y destrucción.

El toque de retirada puso fin á tan espantosa escena dejando atónito al estranjero, que no hizo poco en el resto de la noche con recojer sus heridos y al siguiente dia con enterrar sus muertos para que pensase ya en ser dueño de un pueblo que tales hazañas realizara. Dolorosas pérdidas sufrieron tambien los logroñeses, pues además de bastantes heridos que pudieron llevarse al regresar al pueblo, contaron algunos muertos que quedaron en el campo; siendo tal el entusiasmo con que fueron recibidos, que todos se disputaban el honor de abrazar á aquellos valientes, muchos de ellos salpicados en sus vestidos con la sangre del enemigo, y no pocos portadores de armas y efectos tomados al sitiador.

La pluma no puede describir lo que aconteció al

ver una bandera cogida al francés en esta nocturna salida, la cual era conducida por un joven que venía al final de los que acababan de arriesgar su vida por la patria y por la libertad de Logroño. Divisarla y avalanzarse á él, rompiendo las uniformes filas de los soldados, fué obra instantánea; y si gran esfuerzo costára el arrancarla del campo sitiador, fué preciso apelar á toda clase de recursos para conservar intacto aquel trofeo que acreditaba el arrojo de los combatientes; no pudiendo aun así evitar que sufriera algunos desperfectos por los que, en su delirio, anhelaban tenerla un solo instante en sus manos, al atravesar la distancia desde la puerta de la Arbentia á la casa del Ayuntamiento en que fué depositada. (1)

El triunfo no podía ser mas satisfactorio, y aunque muy avanzada la noche, el pueblo acudió frente á la casa consistorial haciendo imposible el tránsito por dicho punto, solicitando á grandes voces contemplar el pendón conquistado al enemigo.

—

Apenas el sol del dia 5 asomaba sus primeros rayos, cuando ya en el largo balcón de la casa

(1) Conservóse muchos años en dicho edificio sirviendo de testimonio irrecusable de esta salida y victoria, según así consta en el libro de actas de la Corporación, sesión de 15 de Abril de 1583, en que se halla el acuerdo que dice así: «Que por que la bandera y estandarte que esta Ciudad tiene del tiempo de los franceses está muy rompida y hecha pedazos, se haga otra nueva de tafetán de colores.»

municipal ondeaba la insignia tomada á Asparrot, ante la cual se sucedían los vivas al Emperador, á Velez de Guevara y á Santiago que tan marcadamente protegía á los defensores; y satisfecha la curiosidad, y acrecentado el entusiasmo por tan preciada conquista, volvieron de nuevo á la muralla los soldados y los jóvenes, ínterin los ancianos, algunas mugeres que habían quedado y larga fila de religiosos, llevando cada uno un cirio encendido en la mano, con semblante contristado, cabizbajos, pensando solo en lo lúgubre de la ceremonia, sin afectarles el estampido del cañón que de nuevo zumbaba en la ciudad y campo sitiador, conducían á la última morada sita junto al primer castillo del puente de Ebro, donde hoy se halla el jardín ó parque del nuevo hospital, los restos inanimados de los valientes que habían sucumbido á consecuencia de las heridas y que pocas horas antes sonreían gozosos ante el sublime espectáculo de una decisión y lealtad á toda prueba.

Sucedíanse los disparos con inusitada rapidez indicando el furor de los sitiadores por el duro escarmiento que acababan de recibir. Era el supremo esfuerzo de Asparrot, que cual moribundo que lucha y se resiste por conservar la existencia que siente escapársele por momentos, había ordenado á los artilleros la destrucción á toda costa de un pueblo que tan osado se mostrára: era además que sus confidentes le habían traido en aquella misma noche de duelo y tristeza para

su campo, la nueva fatal de que el Duque de Nájera y Virey de Navarra con un ejército de 20000 hombres reunidos instantáneamente con los soldados castellanos victoriosos en Villalar y otros procedentes de la leva que hizo así que Asparrot puso cerco á Logroño, se disponía á acudir en socorro de los sitiados.

Estos también tuvieron idéntica noticia que les hizo ser ya invencibles si antes no hubieran demostrado que lo eran; y el digno Velez de Guevara y los jefes de la milicia y cuantos tenían alguna autoridad sobre el pueblo y el ejército, redoblaron sus esfuerzos no solo para continuar la resistencia, sino para dominar la escasez de ciertos artículos que comenzaba á esperimentarse. «¡Logroñeses!...., decía el Corregidor Velez de Guevara en una alocución dirigida al pueblo en aquella mañana, «la victoria nos sonríe; y pron»to, muy pronto, el enemigo quedará destruido »ante estos muros si tiene atrevimiento para es»perar algunas horas. Un formidable ejército cas»tellano está ya caminando á libertarnos. ¡Animo, »valerosos logroñeses, que en breve van á cesar »nuestros sufrimientos!»

Llegó el dia 6 y pasó el 7 siempre combatiendo, tronando el cañón francés y contestándole la plaza con unas pequeñas piezas que poseía, cuando un nuevo suceso vino á aumentar el júbilo de los sitiados tanto como acabó de consternar al soldado invasor.

Regresaba Asparrot á su alojamiento situado en

el convento de San Francisco, del que era dueño desde el segundo dia del sitio, después de recorrer la linea en busca de un punto debil por donde repetir el asalto, acompañándole su lugar-teniente y el natural séquito de jefes y oficiales; y duplicándose los disparos de los sitiados contra aquel grupo, alma y vida del campo enemigo, vieron caer del caballo y arrastrar este algunos pasos á uno de los primeros ginetes, que supusieron fuera el general francés á juzgar por la solicitud con que se apresuraron á recogerle y entrarle en el convento.

Con increible celeridad circuló la noticia por la población, y nadie vacilaba en afirmar que el general Asparrot había sido muerto. *Yo le ví caer, era el mismo*, decían unos; *recibió el balazo en el pecho*, añadían otros, que sin haberlo presenciado llevaban su deseo en alas de la imaginación hasta afirmar lo que ignoraban, motivando este suceso tan singular contento y satisfacción entre los defensores, que algunos jóvenes olvidando por breves momentos que la lucha estaba empeñada y que el peligro era siempre inminente, abandonaron el arcabuz sustituyéndolo con la popular guitarra y la clásica pandereta orlada de cintas en recuerdo, tal vez, del dia de boda del campesino logroñés, que pendientes de respetable clavo en la pared de su elevado y ennegrecido aposento, parecía aguardaban esta ocasión propicia para que sus dueños las sacasen al aire é hiciesen lanzar sus notas al compás de alegres é improvisados cantares alusi-

vos al sitio, tan defectuosos en la rima como correctos en cuanto al sentimiento y espresión.

Hízose aquella noche, como se hiciera en las anteriores, piadosa procesión por los religiosos y gran número de vecinos que solícitos acudieron al templo á dar gracias al Altísimo por los dos notables hechos referidos; aumentóse el número de los farolillos y velas á las imágenes colocadas en las calles, que eran muchas y de ningun mérito artístico; se improvisaron grandes luminarias, obligada demostración de regocijo en aquellos sencillos tiempos, con otras diversas que es ocioso referir y que revelan claramente la serenidad y confianza en el triunfo de los que así celebraban sus hazañas.

Intentóse después otra sorpresa cual la que anteriormente se había efectuado; pero hubo de fracasar apenas los sitiados salieron fuera de la ciudad, porque los centinelas enemigos vigilaban estraordinariamente y dieron la señal de alarma por medio de algunos disparos; apesar de lo cual no fué infructuosa la tentativa puesto que se hicieron dos prisioneros, que llevados al Concejo, manifestaron al Corregidor, supliendo con la mímica lo que no se comprendía por su idioma, que su general, disgustado por la resistencia, trataba de levantar el campo; que no fué Asparrot quien había sido muerto en la tarde anterior al retirarse á su alojamiento, sino su lugar-teniente Santa Colomba; y que los soldados, disgustados también, mostraban grandes deseos por volver á su país.

Exactas eran estas noticias, pues al siguiente

dia 8 el fuego contra la plaza fué mucho mas debil que en los anteriores, y mas aun el 9, en que pudo observarse en el campo francés cierto movimiento que parecía precursor de una retirada; dando mas valor á esta suposición el hecho de haber desguarnecido la linea del sitio por la parte del Poniente, en algunos puntos inmediatos al convento de religiosos predicadores de Nuestra Señora de Valbuena.

Favorecido por la oscuridad en la noche de dicho dia 9, y cruzando el Ebro por debajo de la presa del molino titulado de *la Isla*, penetró en la ciudad en las primeras horas de aquella, otro mensajero enviado por el Condestable de Castilla, anunciando su inmediata llegada con fuerzas suficientes y encargando se sostuviera la plaza á todo trance. No necesitaban esta prevención los logroñeses, como acabamos de ver; pero produjo tal contento el nuevo aviso, que ya no hacían caso del enemigo, no obstante tenerle tan cerca que con la mayor facilidad se percibía su conversación cuando la falta de luz obligaba á suspender la pelea.

Entonces los campesinos, que constituían la mayor parte del vecindario y que la tomaron no pequeña en defensa de su hogar, concibieron una idea propia solo de los que conociendo perfectamente la topografía de la jurisdición, podían de antemano calcular sus resultados con la casi seguridad de un desenlace favorable: idearon subir á las diversas bocas de los rios por los que vienen las aguas á los terrenos de la ciudad y encauzarlas todas por

el que dá riego á las heredades donde el enemigo acampaba, con objeto de que, convirtiéndose en lodazal las tierras secas, se viese aquel imposibilitado para moverse; cuya circunstancia aprovecharían los sitiados para verificar una salida.

Y efectivamente; aprobado el plan por la junta de defensa y el Concejo, dispusiéronse á realizarlo unos cuantos labradores: salieron del pueblo por las inmediaciones de la puerta del Camino antes que apareciese el crepúsculo, y dirigiéndose al sitio señalado, aguardaron en él á que el sol del dia 10 hubiera traspuesto el horizonte para dar suelta á las aguas, con el deliberado intento de que al llegar estas al campo sitiador, aumentase la confusión con la oscuridad y no pudiera el enemigo desviarlas facilmente.

Durante dicho dia apenas fué hostilizada la población: algunos disparos con gran intervalo de uno á otro, indicaban que ya no era aquella el objetivo del sitiador, preocupado mas por la proximidad del ejército castellano que por el completo fracaso de su empresa. Los sitiados, atentos solo á ejercer la mayor vigilancia por si el enemigo intentaba aprovecharse de algún descuido, oían con indiferencia el fuego, bien persuadidos de que aquella situación tenía forzosamente que cesar muy pronto.

Al terminar el crepúsculo vespertino, surgieron dudas sobre la oportunidad de acometer al francés así que se observara que las aguas invadían su campo, ó esperar para hacerlo con mas ventaja

á la aparición del nuevo dia, resolviéndose esto último después de detenido exámen y contra lo anteriormente acordado, por estimarlo ahora mas prudente el Concejo y la junta de defensa.

El ruido, la confusión y trastorno extraordinario que á las pocas horas se notó en el campo sitiador, indicó á los cercados el buen éxito del plan referido; y desde aquel momento la impaciencia por verificar la proyectada salida, solo era refrenada por los consejos de los jefes y principalmente por las severas órdenes del capitan Corregidor.

Contábanse las horas que anunciaba la campana del reloj por sus naturales intérvalos, lamentando la lentitud con que transcurrían; dirigíanse constantes miradas hacia el Oriente, ansiosos todos de percibir los primeros albores del suspirado nuevo dia, hasta que al fin se distinguió una pequeña claridad que insensiblemente fué aumentando. Aprés-tanse entonces los combatientes, fórmanse las columnas, todo está dispuesto, y solo se aguarda á que la fugitiva noche permita distinguir al enemigo.

Pero, ¡oh sorpresa!.... la luz de la aurora del dia 11 es la mensajera que anuncia la retirada del francés: los soldados de Asparrot iban marchando ya por el camino de la Madre de Dios y atravesando el Ebro por los vados, interin los pocos que quedaron en el campamento luchaban en vano, golpeando sus mulas y caballos, para arrastrar las piezas de artillería y sacarlas del lago inmenso que se presentaba ante la vista.

La noticia circula con rapidez eléctrica, y jefes y soldados, jóvenes y ancianos, se lanzan briosos sobre los enemigos que aun tienen delante; consiguiendo trás de pequeño combate, porque para la resistencia faltaba la fuerza moral, apoderarse de aquellos cañones que tanto destrozo habían causado; de muchos bagajes, armas y multitud de efectos esparcidos entre las aguas, sin dejar de hostilizar al enemigo mientras cruzaba el Ebro é ínterin los proyectiles alcanzaban á herir.

Difícil es describir la alegría de los logroñeses; imposible pintar la satisfacción que demostraban sus semblantes, y mas imposible todavía bosquejar el frenético entusiasmo con que daban espansión á su espíritu, comprimido durante 17 dias; el sufrimiento y la amargura se convirtieron bien pronto en fiestas, regocijos, júbilo y diversión. Al estampido de los cañones sucedió el clamoreo de las campanas de todas las parroquias y conventos, nada escasos en aquel tiempo apesar de lo reducido del pueblo; balcones y ventanas lucían las colchas mas lujosas de las camas de sus dueños; multitud de vecinos se reunía delante de la casa del valeroso Velez de Guevara victoreándole sin cesar y pretendiendo sacarle en triunfo; rondallas y canciones repetían sus ecos por plazas, calles y callejuelas; y aquí bailes, allí músicas, más allá grandes hogueras, de un lado improvisados banquetes en los que toma parte todo el que pasa cerca; del otro animado y bullicioso círculo de jóvenes que cantan, beben y cuentan las proezas de que han

sido actores ó testigos, mientras que grupos de soldados é hijos del pueblo, estrechamente unidos, departen y discurren de un lado para otro haciéndose mútuos obsequios, seguidos de otros grupos en los que quizá por vez primera se veía mezclado y confundido el aristócrata logroñés con el humilde artesano, guiando á todos un mismo fin, un solo pensamiento; el de celebrar la victoria conseguida sobre un enemigo poderoso por la gran superioridad de fuerzas y sobre todo de recursos.

¡Logroño estaba libre y había conquistado el derecho de figurar entre los pueblos de héroes!...

—

De pronto, cuando el reloj señalaba poco más de las cinco de la tarde de aquel memorable día, óyese por la parte del Poniente el eco de guerrera marcha producida por pífanos, clarines, trompas y atabales. Era el ejército real de Castilla mandado por D. Antonio Manrique, Virey de Navarra, que acudiendo el primero en socorro de la plaza, pisaba la calle de la Arbentia al compás de sus bélicos instrumentos y al eco de mil vivas cruzados entre los hijos del pueblo que celebraban así la llegada del soldado español, y los compactos guerreros al ver á los heróicos defensores de Logroño.

Mas de 15.000 castellanos se cobijaron aquella noche dentro del recinto de la ciudad, sobrado pequeña para albergar á los que, rendidos por la fatiga de una marcha forzada, eran obsequiados con la sencillez y prodigalidad tan natural de

aquellos tiempos; y al primer albor de la mañana, repuestos del cansancio y bien provistos de víveres traidos inmediatamente de los pueblos cercanos, salieron por el puente cruzando ligeros la cuesta llamada de la Virgen de Munilla, único camino que entonces existía para comunicar con Navarra, ansiosos de alcanzar al enemigo que veinticuatro horas antes repasó el Ebro por las inmediaciones de aquel sitio dirigiéndose á su país.

Nuevas tropas al mando del Condestable y el Almirante de Castilla reemplazaron por la noche los alojamientos que habían dejado las del Virey, para marchar al siguiente dia en pós de sus compañeros y todos del enemigo, distante ya algunas leguas, que á fuerza de dobles jornadas lograron salvar los soldados del Emperador dándole alcance en los campos situados entre Esquiroz y Noain, cerca de Pamplona, donde trabándose la pelea y luchando con gran denuedo los castellanos, quedó el ejército francés completamente deshecho, prisionero y herido su general Asparrot y perdidas las piezas de artillería que consiguió salvar del sitio de Logroño dejando además gran número de prisioneros en poder de los Imperiales.

—

Así terminó, en muy breves dias, aquella invasión estranjera que estrellándose ante los muros de Logroño, hizo variar la marcha de los sucesos y destruyó los planes de conquista de Francisco

1.° á la vez que los sueños de Enrique de Labrit de ceñirse la corona de Navarra.

Agradecido el emperador Carlos V. al señalado servicio que los logroñeses prestaron en esta memorable campaña, les concedió el privilegio de poner en el escudo de armas de la ciudad las tres flores de Lis que el ejército de Asparrot traía en sus banderas, con otras distinciones que detalladamente constan en aquel y otros documentos, no consignándolos en esta reseña por ser demasiado conocidos y por no separarnos del tema que motiva la narración fiel y verídica de la defensa de Logroño durante el sitio que sufrió el año 1521.

APÉNDICE

Hasta aquí el trabajo presentado al certámen, en cuyo final se hace alusión al privilegio concedido á Logroño por el Emperador Carlos 1.° en recompensa de su heroismo en la célebre jornada de 1521.

Como este sea lugar muy oportuno para publicar dicho importante documento, que se halla en el archivo que el Excmo. Ayuntamiento tiene en la iglesia de Santiago, lo trascribimos á continuación copiándolo literalmente del original escrito en pergamino. Dice así:

"Don Carlos por la diuina clemencia Emperarador semper augusto Rey de Alemañia Doña Ioana su madre et el mismo Don Carlos por la gracia de Dios ,Reyes de Castilla de Leon de Aragon de las dos Secilias de Iherusalen e de Nauarra de Granada de Toledo de Valetia de Gallizia de Mallorca et de Seuilla de Cordoua de Corcega de Murcia de Jahen de los Algarues de Algezira de Gibraltar de las yslas de Canaria de las Yndias yslas e tierra firme del mar Oceano Condes de Barcelona Señores de Viscaya e de Molina Duqs de Atenas e de Neopatria, Condes de Ruisellon e de Cerdania Marqueses de Oristan e de Gozeano Archiduques de Abstria

Duques de Borgoña e de Brauante Condes de Flandes e de Tirol eccet. Y porque de los Emperadores reyes e principes es propia cosa horrar e hazer gracias e mercedes asus subditos e naturales y vasallos especialmente A aquellos que bien e lealmente los siruen por que todos por euxiemplo dellos se animen y esfuercen alos bien e lealmente seruir. Y por ende acatando los muchos y leales grandes e senalados seruicios que los vezinos e moradores de la muy noble e muy leal ciudad de Logroño nos han fecho especialmente como continuando la fidelidad e lealtad que nos deuen estouieron en nuestro seruicio e en toda paz e sosiego en tiempo de las alteraciones e leuantamientos pasados q en absencia de mi el Rey ouo en estos nuestros reinos aboz de comunidad siruiendonos en las dichas alteraciones con gente e dineros para sosegar los dichos mouimietos e redusir los pueblos a nuestro seruicio y como despues de sosegados e reduzidos estando como dicho es yo el rey absente destos dichos nuestros reynos El rey de Francia yendo contra la alianza e hrmandad q. que entre nos e el auia enbio su exercito y a Moss. de Basparroz por ssu capitan general del sobre el nuestro reyno de Nauarra para le tomar e ocupar E la dicha ciudad enbio a su costa mucha gente para resistir el exercito del dicho rey de Francia E despues que los franceses ouieron ocupado el dicho reino ellos estando como estaua el dicho exercito de Fracia en el dicho reyno de Nauarra que tan cerca es de la dicha ciudad continuando su lealtad e fedilidad Recogieron en la dicha ciudad nuestros subditos e gente de guerra que se venian del dicho reino de Nauarra despues que los franceses lo ganaron e les dieron dineros e bastimetos para su socorro e sustinimiento e repararon a su costa los muros de la dicha ciudad e derribaron e quemaron el ospital e muchos edificios e casas que en ella y en sus arrabales auia e echaron sus mugeres e hijos fuera de la dicha ciudad para sehazer mas : fuertes e defenderse como se defendieron con mucho animo e lealtad del dicho exercito de Francia q despues de ocupado el dicho nuestro reyno de Nauarra vinieron sobr la dicha ciudad y la sitiaron y pusieron cerco sobrella e la conbatieron e batieron con mucha artilleria que trayan para tomarla E les talaro sus heredades e arboledas de que rescibieron muy grandes dapnos y non solamente defendieron la dicha ciudad pero ficieron mucho dapno en el exercito de los dichos franceses matandoles mucha gente e Robandoles el campo. De mana que les fue forcado alcar su cerco e retirarse de la dicha ciudad como se retiraron. Lo qual fue mucha causa que entre tanto los nuestros visorreyes e gouernadores destos dhos nuestros reynos juntasen nuestro exercito e fuesen como fueron ensiguymiento de los di-

chos franceses e los desbarataron e vencieron e Recobraron el dicho nuestro reino de Nauarra que ellos tenian tomado e ocupado e los quitaron el artilleria que trayan E les prendieron al dho Moss. de Vasparroz su Capitan general e otros muchos capitanes e gente de su exercito e fizieron otros grandes daños segun de que de todo tenemos larga informacion por cartas que los dichos nuestros gouernadores nos escriuieron coel doctor mjn Ferrnandez de Nauarrete e Gomez de Mendoca e Ioan de Enciso que la dicha ciudad nos enbio por mensaieros al nro Condado de Flandes los qles en nobre de la dicha ciudad e vezinos della nos suplicaron e pidieron por merced Que auiendo consideracio a los dichos seruicios e porque para siempre aya memoria dellos E la dicha ciudad sea mas horrada e ennoblecida le fiziesemos merced de mandarle dar las tres flores de lis de Francia que el dicho exercito traya en sus vanderas q en la dicha batalla fueron ganadas y tomadas para que las podiese tener y traxiesen por orla de las armas antiguas de la dicha ciudad que son una puente con tres torres encima della y el Rio Hebro que pasa por debaxo o como la ntra merced fuese E nos acatando los dichos grandes e señalados seruicios que la dicha cibdad e vezinos e moradores della nos hizieron e por que della e dellos qde perpectua memoria y sea mas horrada e ennoblescida es ntra merced e voluntad dele hazer mrcet Que agora e de aqui adelante pa siempre jamas la dicha cibdad pueda traer e traya y ponr y poga en quales quier puertas della e en otras partes e lugares qualesquier que quissiere e por bien touiere al rededor e por orla del escudo de las sus armas q son la dicha puente colas dichas tres torres encima della y el rio Ebro que pasa por debaxo las dichas tres flor de lises de Francia doradas en campo azul Las qles segu dicho es les damo por orla de las dichas armas E las pueda poner e poga en qualesqer puertas della e otras qualesqer e lugares que quisiere e por bien touiere para agora e para sienpre jamas segund e de la mana q en este escudo estan pintadas e figuradas. E por esta ntra carta encargamos al iuustrusymo infante Don Fernando nuestro muy caro e muy amado y hijo e hr° y mandamos a los ynfantes Duques perlados condes marqses Rycos omes maestres de las hordenes priores comendadores allides de los castillos e casas fuertes e llanas e alos del nro consejo presidentes e oydores de las nras abdiecias alldes alguaziles de la nra casa e corte e chancilia e a todos los corrigidores algnaziles regidores caualleros escuderos oficiales e omes buenos de todas las ciudades villas e lugares destos nros reinos e señorios asi a los q agora son como a los que seran de aqui adelate e acada uno e qlqer dellos q le dexen e cosientan traer e tener por orla

de las dichas armas las dichas tres flors de ¡lies segu dicho es sin q. en ello le sea puesto ipidimento alguo E los unos nin los otros non fagades nin fagan endeal por alguna manera sopena de la nra mrced e de cinqueta mil mrs para la nra camara e cada uno q. lo cotrario fiziere. Dada en la villa de Vallid a cinco dias del mes de Junio año del nascimiento de nro Saluador ihu xpo de mill e quinientos e veynte e tres años.»

«Yo el Rey.»

(En el centro del escrito y pergamino hay un escudo grande perfectamente iluminado que representa un puente con tres castillos y las tres flores de Lis doradas en campo azul. Del estremo inferior del pergamino pende la mitad inferior de una caja de madera de unos diez centímetros de diámetro destinada al sello de cera con las armas reales, del que solo existe un pequeño fragmento.)

En el mismo archivo existe una carta de pago referente á la artillería que la ciudad entregó por orden de Felipe II, su fecha 2 de Octubre de 1591, á cuya carta de pago sigue un documento que hace relación de algunas de las piezas de artillería tomadas á los franceses, y que por los detalles que facilita de aquellas, se inserta á continuación. Dice así:

«Y por virtud de los cuales..... (ininteligible) que quedan incorporados, yo el dicho capitan Juan Lopez en nombre de S. M. he venido á esta ciudad para recibir y que se me entreguen las piezas de artillería que esta ciudad ha de dar é dá por mandado del Rey Nuestro señor para efeto de las llevar al ejercito del rey nuestro señor que al presente se junta en la villa de Alfaro, é para efeto de aquello que el rey nuestro señor tiene ordenado y habiendo venido á esta ciudad é pedido á la justicia é regimiento de ella me de y entregue la dicha artillería por la ordene y forma que el rey nuestro señor la ha pedido para esta jornada y en virtud de lo susodicho esta ciudad le ha dado y entregado dichas piezas de la artillería real que esta ciudad tiene para la defensa de ella que son de la artillería que esta ciudad quitó á los franceses cuando vinieron sobre ella que son las piezas y cañones de la calidad, peso y señales siguientes:

Dos medios cañones sembrados de armas defensivas del imperio de Alemania, con letreros de lengua de Alemania de peso de treinta é tres quintales cada uno poco mas ó menos.

Iten otras dos medias culebrinas, sembrados los cañones de flor de Lises, de treinta quintales de peso cada uno poco mas ó menos.

Iten cuatro falconetes de campaña que tiran dos libras de bala poco mas ó menos.

Que todas las sobredichas piezas de artillería de esta ciudad le ha dado y entregado y el dicho capitan Juan Lopez en nombre de su magestad recibido de esta ciudad por mano del capitan Pedro de ..... y de Pedro Gomez de Varron, regidores perpetuos de esta ciudad á quien se cometio..... (ininteligible) todas las dichas piezas de artillería el dicho capitan Juan Lopez las recibio con cajas y cure-

ñas bien puestas y encabalgadas para el uso y efeto de llevarlas al ejercito de S. M. e de la entrega de ellos yo el presente escribano doy fé que se las dieron y entregaron en la casa de la artillería de esta ciudad á fuera de la puerta del Camino de ella de donde el dicho capitan Juan Lopez las llevo é hizo llevar con carros é bestias é las pasó por el cuerpo de esta ciudad de Logroño hasta sacarlas y ponerlas en camino real que llaman de San Francisco é de alli el dicho capitan con otras gentes, carros y bestias las llevo é hizo llevar por el camino é viaje que han para la ciudad de Calahorra y Alfaro de todo ello yo el escribano doy fee ecet. ecet.»

INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA